



ANGELA STEIDELE

GENTLEMAN

Terrateniente, seductora y diarista secreta del siglo XIX

JACK

Una biografía de
ANNE LISTER



Siruela

Angela Steidele

GENTLEMAN JACK

Una biografía de Anne Lister
Terrateniente, seductora y diarista secreta
del siglo XIX

Traducción del inglés
de Lorenzo Luengo

 Siruela

El Ojo del Tiempo

Edición en formato digital: abril de 2021

Título original: *Anne Lister. Eine Erotische Biographie / Gentleman Jack. A biography of Anne Lister: Regency landowner, seducer & secret diarist*

En cubierta: diseño de © Samantha Johnson

© Matthes & Seitz Berlin Verlag, Berlin 2017

All rights reserved by Matthes & Seitz Berlin Verlagsgesellschaft mbH

© De la traducción, Lorenzo Luengo

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Ediciones Siruela, S. A., 2021

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-18708-28-2

Conversión a formato digital: María Beloso

Índice

Prólogo. Descifrando los diarios de Anne Lister

Eliza (1791-1810)

Isabella (1810-1813)

Mariana (1813-1817)

«Kallista» (1818-1819)

Isabella, Mariana y Miss Vallance (1819-1822)

Las Damas de Llangollen (1822)

«Frank» (1823)

Mariana e Isabella (1823-1824)

Maria (1824-1825)

Mariana (1825-1826)

Maria (1826-1827)

Sibella (1828-1829)

Vere (1829-1832)

Ann (1832-1840)

John, Muriel, Vivien, Phyllis, Helena, Jill y Angela

Epílogo. Interpretando los escritos de Anne Lister

Agradecimientos

Cronología

Bibliografía

Notas

Mapas e ilustraciones

*Gustaba a las chicas
y siempre les he gustado.
Ninguna jamás se me ha negado.*

ANNE LISTER,
13 de noviembre de 1816

Prólogo

Descifrando los diarios de Anne Lister

John Lister tenía siete años cuando su padre heredó Shibden Hall. Él y su familia se mudaron a la vieja casa solariega, en las cercanías de Halifax, en 1854. John creció entre huesos de ballena, pieles de tigre y un cocodrilo disecado. Cuando pasó a ser el señor de Shibden Hall, se dedicó a revisar los fajos de antiguos papeles, documentos y cartas que habían dejado allí las generaciones anteriores. Le cautivaron, sobre todo, los veinticuatro «Diarios y Anotaciones Personales de Mrs. Lister».¹ Sus cubiertas veteadas estaban encuadernadas en suave piel de ternera, y las gruesas páginas tenían pulcros renglones en tinta negra. No obstante, la diminuta caligrafía no era fácil de leer; Anne Lister había utilizado numerosas abreviaturas, e incluso algunas partes estaban escritas en un código secreto.

A John le fascinó lo que logró descifrar. Anne Lister había estado muy involucrada en la sociedad y la política y había sido la única mujer entre los fundadores de la Sociedad Literaria y Filosófica de Halifax. Su diario era un auténtico venero de historia local. John Lister publicó una serie de extractos en el *Halifax Guardian* bajo el título «Vida política

y social de Halifax hace cincuenta años». Había 121 fragmentos en total, que abarcaban el periodo comprendido entre 1887 y 1892.

A John le tentaba asimismo lo que no logró descifrar. ¿Qué podía ocultar aquel código secreto, compuesto de letras griegas y símbolos numéricos e inventados? Pidió ayuda a un amigo suyo, el anticuario Arthur Burrell, y este acertó a averiguar los equivalentes de la «h» y la «e» en virtud de su frecuencia de uso y de la posición que ocupan en las palabras: entonces, «tras revisar la mitad de la colectánea de escritos, encontramos sobre un trozo de papel estas palabras: “en Dios está mi...”. Enseguida advertimos que la palabra debía ser “esperanza” (*hope*); la “h” y la “e” confirmaron mis sospechas. Esa palabra había sido escrita en código. Teniendo esas cuatro letras casi seguras, comenzamos, muy entrada la noche, a encontrar ulteriores pistas. Concluimos a las dos de la mañana [...]. Descubrimos, tras un profuso examen, que la parte escrita en código era completamente impublicable”». ² Se trataba «del relato íntimo de las prácticas homosexuales entre Miss Lister y sus muchas “amigas”; solo unas cuantas mujeres se le escaparon».³

Cada una de las entradas aparecidas en los diarios de Anne Lister comienza explicando si ha tenido sexo la noche anterior, con quién y con qué frecuencia, y si el sexo se repitió a lo largo de la noche o por la mañana. Anotaba de manera rutinaria el número y la calidad de sus orgasmos y los de sus compañeras. Cuando despertaba sola, añadía una nota si se había masturbado. A Burrell todo esto le pareció «muy desagradable»⁴ y aconsejó a su amigo que quemase los diarios de inmediato. Lo que le molestaba no era solo que Anne Lister tuviera amantes de su propio sexo, y la magnitud de su número. Era el amor propio de Anne:

también ella era una creación de Dios. No mostraba ningún desprecio hacia sí misma por su lesbianismo, ni desesperación, ni amargura, ni ansiedad. Lo que sí mostraba, en cambio, era una temprana manifestación de orgullo homosexual. Anne Lister no trataba de ocultar su diferencia; coqueteaba con ella.

John Lister dudó en seguir el consejo de su amigo. Aunque no pudiera plantearse una posible publicación, tampoco quería destruir aquellos diarios tan únicos. Así que los ocultó en una sala que daba al dormitorio de Anne Lister, y que muy probablemente esta habría utilizado como estudio. John hizo que retirasen los paneles de madera y pusieran allí unos estantes; después, con sumo cuidado, colocó los diarios y volvió a poner los paneles. Consiguió que la puerta que daba a la sala siguiera pasando inadvertida al añadirle nuevos paneles de madera. Al dejar, sin embargo, la ventana intacta, se aseguró de que los posteriores dueños de la casa reparasen en la existencia de la habitación.

Tras su muerte, Shibden Hall pasó a ser propiedad de la Halifax Corporation, que convirtió la casa en un museo. Tal y como John Lister había pretendido, los diarios de Anne Lister fueron descubiertos en el gabinete, y, una vez más, los pasajes codificados despertaron curiosidad. El bibliotecario municipal, Edward Green, localizó a Arthur Burrell, que le entregó el código, pero le advirtió de lo que «en el viejo Halifax se rumoreaba acerca de Miss Lister».⁵ El código, que había sido guardado en la caja fuerte de la biblioteca de Halifax, pasó a las manos de la hija de Edward, Muriel Green, en la década de 1930, y a las de Vivien Ingham y Phyllis Ramsden en la de 1960, pero antes tuvieron que garantizar que «ningún material inadecuado llegaría jamás al público».⁶

A lo largo de un siglo, apenas un puñado de bibliotecarios y archivistas de Halifax conocían lo que Anne Lister había escrito en código. Solo la llegada del movimiento de liberación de la mujer de los años setenta y ochenta despejó el camino para que Helena Whitbread (1988 y 1992) y Jill Liddington (1994, 1998 y 2003) pudieran publicar los diarios de Anne Lister sin ninguna censura. Hasta la fecha, cinco generaciones de estudiosos y editores de Halifax y la zona circundante han pasado años descifrando el código y la caligrafía de Anne Lister, revisando una abundante profusión de materiales. Por mi parte, he llevado a cabo un provechoso uso de las transcripciones y ediciones realizadas por los investigadores aquí mencionados, en especial las de Helena Whitbread y Jill Liddington, a quienes debo toda gratitud y respeto, y sin las cuales no hubiera sido posible escribir este libro. Aunque he visto los papeles y diarios originales de Anne Lister que se conservan en los archivos Calderdale, no quise transcribir ninguno de los pasajes codificados ni ninguna página nueva por mi cuenta. Mi propósito era muy distinto del que animaba a los acérrimos estudiosos de Lister; mi única intención era destilar la inconmensurable crónica del día a día de Anne Lister, y relatar la historia de sus amores y su vida rebelde en un solo volumen. He dejado que sea la voz de la propia diarista la que más se oiga, pues ella era consciente de que estaba escribiendo su vida: «Estoy decidida a no permitir que mi vida pase sin dejar un recuerdo privado que pueda leer en el futuro, quizá con una sonrisa, cuando el Tiempo haya helado el canal de esos sentimientos que con tanta frescura fluyen ahora».⁷

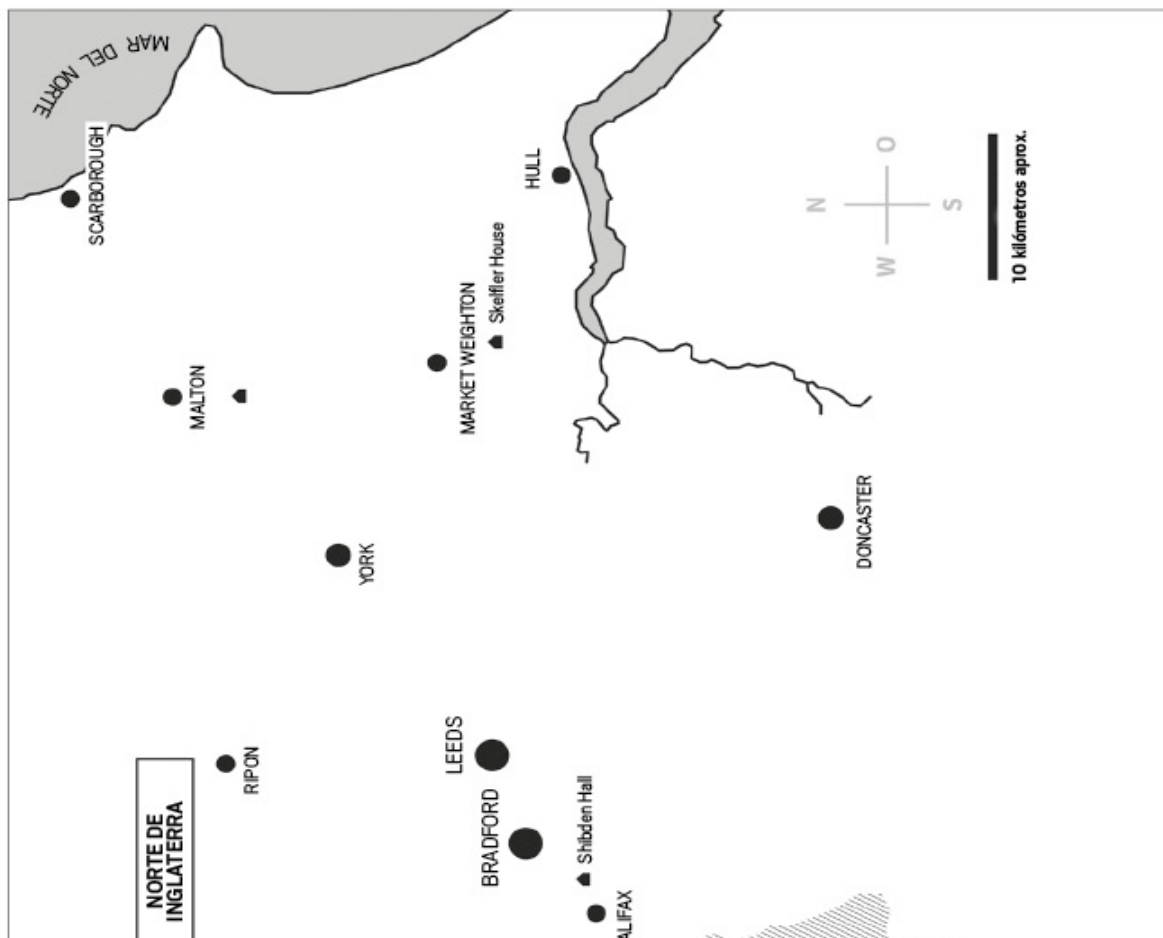
Eliza

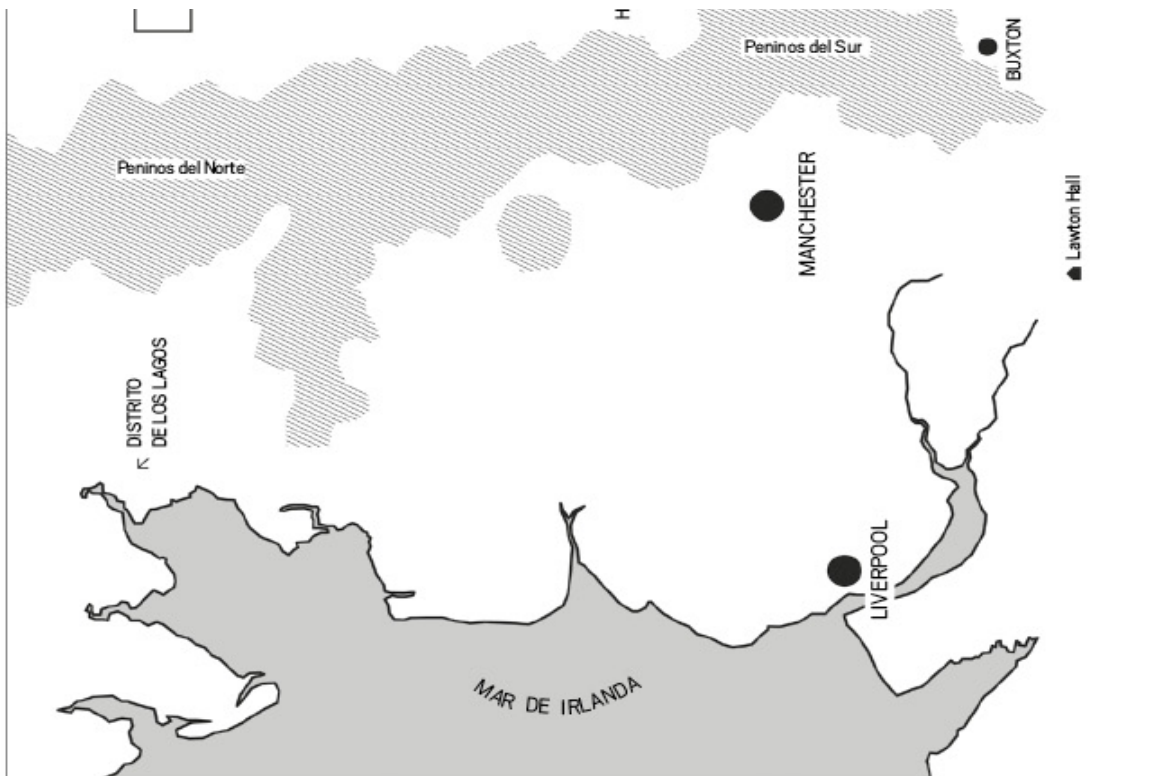
1791-1810

Anne Lister tenía catorce o quince años cuando se enamoró por primera vez. Ella y Eliza Raine tenían la misma edad y estaban en la misma clase en la escuela Manor House, sita en York. Ni Anne ni Eliza podían ser más distintas de las otras chicas. Eliza había nacido en Madrás y tenía la piel oscura y el cabello negro. Anne llevaba ropas raídas y era objeto de muchas miradas y burlas por ser diferente. «¡Me traía sin cuidado!». ¹ Quería aprender más de lo que correspondía a una chica, y recibió el apelativo de «la Salomón del colegio». ²

Anne pudo acudir a aquel internado privado gracias a su tía y madrina, Anne Lister sénior, la menor de las hermanas de su padre Jeremy. El hermano mayor de este, James Lister, había sido nombrado heredero único de la casa familiar, Shibden Hall, que se hallaba en las proximidades de Halifax, al oeste de Yorkshire. Los hermanos pequeños de James —Joseph y Jeremy, Hannah, Phoebe, Martha y Anne sénior— no habían recibido casi nada. Sin una dote, ninguna de las hermanas podía casarse; las cuatro vivían en Shibden Hall junto a su hermano mayor, que, al igual que ellas, nunca se casó. El padre de Anne, Jeremy, tuvo que ocuparse de sus propias necesidades económicas. Se alistó en la infantería, fue enviado a Canadá y posteriormente luchó contra los rebeldes americanos en la

primera batalla de la guerra de la Independencia, en Lexington y Concord, Massachusetts, en 1775. Ascendido a capitán, regresó a su país en 1783, entre los derrotados ingleses. En 1788, a los treinta y cinco años, se casó con Rebecca Battle, de dieciocho, que no tardaría en recibir una modesta herencia. En 1789, mientras Jeremy servía en Irlanda, Rebecca dio a luz a su primer vástago, un niño que moriría poco después. Al quedarse embarazada por segunda vez, sus cuñadas la invitaron a Halifax, donde la joven alumbró una niña el 3 de abril de 1791. La pequeña recibió el nombre de su tía de veintiséis años, «aquella que [...] me tomó en su regazo tan pronto vine al mundo, me dio el primer alimento que probé y me acogió en el seno de la Cristiandad».³





1 *Mapa del norte de Inglaterra, Laura Fronterré.*

Anne tenía dos años cuando Jeremy, haciendo uso de la herencia de Rebecca, adquirió la modesta Skelfler House, en Market Weighton, junto con los campos de alrededor y dos granjas en usufructo. Jeremy confiaba en vivir de los ingresos producidos por sus tierras, como hacía su hermano. Anne pasó los primeros años de su infancia en los montuosos paisajes de Yorkshire Wolds. Durante el resto de su vida, uno de sus «mayores placeres» de siempre sería dar «un buen paseo por el campo».⁴ Más tarde tuvo tres hermanos, Samuel, John y Jeremy, quien también moriría en sus primeros meses de vida, y una hermana. Cuando nació Marian, en 1798, Anne, que tenía siete años, también se vio beneficiada por ello; «mi madre me daba el pecho

cuando mi hermana nació», recordaba Anne. «Tenía demasiada leche. Aquello me gustaba muchísimo».⁵

Aquello era lo único que abundaba en la casa de los Lister. Jeremy ganaba poco. Cuando tenía dinero, lo gastaba con poca inteligencia, y, hecho a los bruscos modales del Ejército, discutía a voz en cuello los asuntos domésticos. Mientras tanto, su hija mayor se estaba convirtiendo en un «ingobernable marimacho».⁶ «Huía de mi doncella y me mezclaba con los trabajadores. [...] Cuando mi madre me creía bajo techo, yo, de noche, ya me había escapado. Veía escenas de lo más curiosas, mujeres de mala vida, etc.».⁷ «Mi carácter estaba marcado por la curiosidad, y había sido así desde la cuna», escribió acerca de sí misma, «fui un auténtico diablillo. Me enviaron muy pronto a la escuela porque en casa no podían conmigo». En aquel tiempo, las niñas de la pequeña nobleza y las familias de clase media aprendían a leer y escribir en casa, y no se las enviaba a la escuela, al menos, hasta que tenían doce años. Anne, sin embargo, se incorporó a la Escuela Ripon para Niñas, dirigida por Mrs. Hague y Mrs. Chettle en el norte de Yorkshire, con tan solo siete años. «Me azotaron a diario, con alguna que otra excepción durante las vacaciones, a lo largo de dos años».⁸ Aparte de a «silbar muy bien»,⁹ Anne aseguraba que en la escuela no había aprendido nada. «Siempre estaba de charla con las niñas, en vez de aplicarme en mis libros».¹⁰ Sus profesores la consideraban «una niña extraña, que vestía de manera extraña, pero de aspecto refinado, muy despierta e independiente e incapaz de decir una mentira».¹¹

Rebecca pensaba que su hija mayor era «a veces un poco pretenciosa».¹² Se negaba a aprender a cocinar o arreglar la casa y dejaba que su madre se las apañara con la doncella el día de la colada. La única tarea doméstica de la

que Anne no podía escapar era la costura, puesto que debía zurcir y remendar sus propias ropas. Para disgusto de su madre, Anne no quería llevar el obligado tocado de las niñas ni los sombreros *poke* ya que su prominente ala le limitaba la visión. Cada vez que Anne visitaba Shibden Hall, las cartas de Rebecca no dejaban de preguntar con inquietud por la manera en que su hija se vestía. El tío James y la tía Anne se llevaban mejor con su díscola sobrina que la madre de esta última. Anne respetaba a James, un hombre tranquilo, amante de los libros, y su madrina la trataba como a la hija que nunca tuvo. Tras una prolongada estancia en Shibden Hall, en 1802, a la edad de once años, se quedó a vivir allí durante casi un año entero desde agosto de 1803.

Shibden Hall había sido erigida a principios del siglo xv y pasó a ser propiedad de la familia Lister por vía matrimonial en 1619. La mansión, construida en ladrillo, salvo los tramos de madera de algunas secciones, y revestida toda ella de piedra, se alza hoy día en las afueras de Halifax, en medio de los Peninos. El viejo camino que llevaba desde Shibden Hall hasta Halifax era «tan empinado, tan escarpado, y a veces, también, tan resbaladizo», que Daniel Defoe creía que, «para una ciudad de tanto intercambio mercantil como esta [...], resulta muy engorroso y peligroso».¹³

Halifax había experimentado un enorme auge desde el siglo xviii, lo que produjo un profundo cambio en su sociedad y su paisaje. Desarrollos técnicos tales como la hiladora Jenny y los telares accionados por máquinas de vapor habían industrializado la producción textil, que se

extendía sobre todo por el norte y las Tierras Medias. A Manchester, «madre de la industria del algodón», se la llegaba a ver de lejos debido a sus «densas masas de humo negro y a sus largas chimeneas de ladrillo».¹⁴ A partir de allí, los comerciantes empezaron a construir enormes molinos que se desplegaban a lo largo de los valles del río, molinos en los que se fabricaban buenos tejidos ingleses. Los habitantes de los pueblos más desfavorecidos inundaban las ciudades prósperas, como la anteriormente insignificante Halifax, en busca de trabajo, aunque fueran trabajos por los que se pagaba una miseria. Para las familias de clase media propietarias de fábricas, el incremento de la riqueza se vio acompañado de la influencia política. Por su condición de miembros de la vieja aristocracia terrateniente, los Lister guardaban cierta distancia respecto a la nueva clase mercantil, aunque uno de los tíos de Anne, Joseph, participó en el negocio de los tejidos de lana, si bien sin demasiada fortuna. Gracias a su primera esposa, Joseph se convirtió en el propietario de la enorme y elegante Northgate House, en Halifax.

Mientras la industria se extendía por el valle, en la colina de Shibden Hall las cosas seguían funcionando a la manera tradicional. La hacienda, consistente en cuatro docenas de pequeños campos, ninguno mayor de tres hectáreas, fue arrendada. Una cantera, una pequeña y primitiva mina de carbón y un molino proporcionaban ingresos adicionales, complementados por los dividendos procedentes de las participaciones en el Turnpike Trust (peaje de carreteras) y la Calder and Hebble Navigation (peaje de canales). Aún no había cumplido doce años cuando Anne escribió a sus padres sobre la conveniencia de cosechar avena en Shibden Hall y reflexionó sobre el significado político e histórico-sociológico de «mi tema favorito, las cosechas».¹⁵

Recibía clases de las hermanas Sarah y Grace Mellin. Además de eso, el organista de la vieja parroquia de Halifax le daba clases de canto dos veces a la semana. «Prefiero la música al baile». ¹⁶

Tras pasar un año con sus padres y hermanos en Market Weighton, donde el párroco local le enseñó latín, Anne ingresó, en 1805 o 1806, en la Escuela Manor House de York, considerada una de las mejores escuelas para chicas del lugar. El internado ocupaba el ala norte del King's Manor, que en el siglo XIII había sido el palacio abacial y en la actualidad alberga una parte de la universidad. Junto con otras cuarenta chicas, Anne aprendió a leer y a escribir, además de matemáticas, geometría, astronomía, geografía, historia y heráldica.



2 Escuela de Manor House, York, 1822, grabado de Henry Cave.

El artista Joseph Halfpenny, que había publicado detallados dibujos arquitectónicos de la catedral de York, sita a solo dos minutos a pie de King's Manor, era quien impartía las clases de dibujo. Anne mostró más talento para la música que para el dibujo. Practicaba a diario la flauta y el pianoforte, y también le gustaba tocar el tambor.¹⁷

En el colegio, Anne prosiguió sus inusuales lecciones de latín a petición propia, durante ocho horas a la semana. Aunque, al ser chica, no podía asistir a una escuela secundaria normal, seguía insistiendo en que quería aprender el lenguaje de las ciencias, al igual que lo hacían sus hermanos. «En cuanto a lo que hayan dicho de mí, me da absolutamente igual», afirmó. «Que me consideren un poco loca nunca me inquietará demasiado, mientras yo misma sea consciente de mi *mens sana et mens recta*».¹⁸ Anne no dormía en los dormitorios, sino que compartía una habitación en el ático con otra chica: Eliza Raine.

Para Anne y las demás chicas de la escuela, es posible que Eliza fuera la primera persona proveniente de otra parte del mundo que veían. El padre de Eliza, William Raine, había sido cirujano en un hospital de Madrás, en la costa suroriental de la India, hoy Chennai. Él y su esposa india —cuyo nombre se desconoce— tuvieron dos hijas, Jane y Eliza. Las dos niñas fueron bautizadas y se las consideraba ilegítimas, pero inglesas. Hablaban tamil con su madre y los criados, e inglés con su padre y los amigos de este. Uno de esos amigos era William Duffin, un colega de William Raine. Duffin y su esposa no tenían hijos y se encariñaron

mucho con las pequeñas. En 1797, Duffin nombró a Raine su sucesor en el puesto de jefe de los servicios médicos de Madrás, y regresó a York. Cuando murió William Raine, tres años después, William Duffin fue su albacea testamentario y llevó a Eliza y Jane a York. Ambas niñas asistieron a la escuela Manor, Eliza como interna, mientras Jane residía con los Duffin en el 58 de Micklegate. Cada niña poseía 4.000 libras en una cuenta bancaria de Londres. Este capital, que producía suficiente interés para vivir, pasaría a sus manos cuando se casasen o cumplieran veintiún años. Por lo menos desde un punto de vista económico, más de uno las podría haber considerado un buen partido; pero su condición de «mestizas» las invalidaba para ser aceptadas en el seno de la sociedad.

Anne se enamoró perdidamente de la belleza de Eliza; treinta años después, y tras haber tenido incontables amantes, seguía recordándola como «la niña más hermosa que jamás he visto».¹⁹ Anne ayudaba a Eliza (que prefería el francés y el dibujo) con las matemáticas. Quizá fuera simple coincidencia que a ambas las hubieran puesto en la misma habitación. O quizá el personal quería apartar a esas dos niñas que tan poco encajaban con el resto. Fuera cual fuese el motivo de ello, Anne y Eliza no tardaron en disfrutar del aislamiento que proporcionaba su dormitorio. «Mi comportamiento y mis sentimientos me salían de un modo absolutamente natural, pues no los había aprendido de nadie, ni eran falsos ni contrarios al instinto».²⁰ «Siempre he mostrado la misma conducta desde la infancia [...]. Nunca he cambiado y ningún esfuerzo de mi parte habría podido contrarrestarla».²¹

Eliza y Anne juraron permanecer unidas para siempre. Planeaban irse a vivir juntas en cuanto Eliza recibiera su herencia, en un plazo de seis años. Las niñas intercambiaron sus anillos para sellar su promesa. Les costaba mucho separarse durante las vacaciones, y ambas se alojaban con los padres de Anne en una casa que habían alquilado en Halifax («Skelfler no es ese pulcro lugar que solía ser»)²² Por aquel entonces, Jeremy había dejado el Ejército. La familia de Anne acogió muy bien a Eliza. Al igual que en la escuela Manor, Anne y Eliza compartían cama y dormitorio en la casa de los Lister, y no solo por razones prácticas. La sociedad de principios del siglo XIX estaba obsesionada con la virginidad, y se creía que las chicas estarían mejor protegidas de la seducción masculina si tenían cerca a una amiga íntima, que mantendría su corazón lleno y su cama ocupada. Aquel pánico que sentían los padres contribuía a que mujeres y niñas como Anne Lister y Eliza Raine gozaran de un buen número de libertades.

Tras pasar juntas las vacaciones de verano, solo Eliza regresó a la escuela Manor. Se dice que Anne fue expulsada, aunque no hay ninguna prueba de ello. Quizá lo que sucediera fuera que la tía Anne ya no podía continuar pagando la matrícula de su sobrina. Hasta que volvieran a encontrarse, las chicas acordaron seguir escribiéndose con frecuencia. Para asegurarse de que les llegaban todas las cartas y de que estas no caían en las manos equivocadas, Anne llevó un registro de su correspondencia. Dicha lista supuso el comienzo de su diario.

«El lunes 11 de agosto Eliza nos dejó. Recibí una carta suya el miércoles por la mañana de manos de Mr. Ratcliffe. Le escribí el jueves 14 por medio de Mr. Lund. Volví a escribirle el domingo 15; dejé la carta en la estafeta de

Leeds el lunes siguiente; el 18 por la tarde recibí un paqueto suyo (Música, Carta y Lavanda)». ²³

1806
Monday August 11th Eliza left us
Had a Letter from her on Wednesday
morning by Mr Ratcliffe the 13th Inst
Wrote to her on Thursday 14th by Mr Lund
Wrote to her again on Sunday 17th put into
the Post office at Leeds on the Monday following
that Evening the 18th Had a parcel from
her Music Letter & Lavender
had a Letter Wednesday August 20th
Answered on the 21st
Sunday 24th wrote to ER put into the Post ^{Monday}
Wednesday 27th had a Letter from her ^{to two} in answer
Friday 28th rec^d a parcel from ER by Mr Lund
Sunday 30th Wrote to ER in answer to ten sheets
by Mr Lund ~ Sunday 7 of September ^{ER} wrote
Tuesday 9th had a Letter from her
Wednesday 10th had a Letter from ER
Friday 12th had a Letter from ER
Thursday 11th wrote to ER in answer to hers of the 10th
Sunday Sep^r 14th Wrote to ER by my Uncle &
Aunt I Listen going to Hull on the same
day a short Note to Miss Hargrave enclosed
with 3 Handkerchiefs 1 Slip in a parcel
with my Letter to ER in answer to one
from her on Saturday 13th by Mr Vasslet
enclosing me a Cornelian Brooch
Monday August 25th 1806 Rode with Mr
Mitchell to Bakuip the first time. Leeds
was out of Yorkshire
Tuesday Sept 16th had a Letter from ER in answer to

mine by my Uncle, Aunt Betty & the Post they being at Hull
Wednesday rode with Mr. Mitchell to fix by through Elland
Rastrie and Brighouse on that day was the Prateria
at Elland Wednesday Sep. 17th 1806

3 *Primera página del diario de Anne Lister, que comienza en agosto de 1806 con un listado de las cartas de la correspondencia que había mantenido con Eliza. Servicio de Archivos de West Yorkshire, Calderdale, SH: 7/ML/E/26.*

Sin Eliza, Anne se consolaba con su hermano favorito, Samuel, de «las diarias molestias que continuamente acucian a nuestra desgraciada familia».²⁴ A Anne le encantaba medirse con Sam, dos años menor que ella, en las artes «masculinas» (el ajedrez, la esgrima con espadas de madera, o traducciones del latín). Anne siempre ganaba. Al final, sin embargo, Samuel, de trece años, y John, de once, tuvieron que regresar a su internado en Bradford. Con la intención de que, algún día, uno de los hermanos heredase Shibden Hall, el tío James pagaba sus matrículas escolares para asegurarse de que al menos se les proporcionase una buena educación.

Anne recibió lecciones del teólogo Samuel Knight, de Halifax, en el otoño de 1806, y de él aprendió álgebra, retórica y lenguas clásicas, asignaturas todas ellas que convenían a un caballero en ciernes, pero no a una jovencita. Mientras se ejercitaba en el alfabeto griego, Anne escribía de vez en cuando en esa lengua las fechas y las horas en el listado de cartas que enviaba a Eliza o que recibía de ella (por ejemplo, $\Sigma\upsilon\delta\alpha\iota$ Noon por «mediodía del domingo»²⁵). Aquel octubre escribió su primera notita en inglés utilizando caracteres griegos. Se trataba de una

nota referente a su correspondencia con Eliza, sus estudios con Mr. Knight y su menstruación.

Anne aprendía griego con el Nuevo Testamento, pero ya en 1807 estudiaba a Demóstenes, y un año más tarde a Homero, Jenofonte y Sófocles; también leía en latín las odas de Horacio. Los clásicos le interesaban no solo porque formaran parte del programa de estudios de cualquier jovencito, sino también porque Anne no tardó en advertir que la literatura clásica ensalzaba el erotismo y el deseo (al tiempo que se reía de ellos) en todas sus formas, sin la moralina cristiana. Las traducciones de su época censuraban cuanto se consideraba obsceno, así que a Anne no le quedaba más remedio que leer la poesía griega y latina en su idioma original. Durante sus lecturas, redactó una lista²⁶ que explicaba el significado de palabras tales como clítoris, pedófilo, eunuco, hermafrodita y tríbade. En el *Dictionnaire historique et critique*, de Pierre Bayle (1695-1697, publicado en inglés en 1738), Anne se encontró con una entrada sobre Safo: «Debes saber que [...] su pasión amorosa abarcaba incluso a las personas de su propio sexo». Según Luciano, escribía Bayle, «las mujeres de la isla de Lesbos [...] sentían gran inclinación por dicha pasión», y las «jóvenes doncellas» de la isla habían hecho a Safo «tristemente célebre».²⁷ Para Anne, las extensas entradas de Bayle resultaban «de lo más interesantes»,²⁸ y acudía de manera sistemática a sus referencias sobre Horacio, Juvenal y Marcial.

Este último escribió dos conocidos epigramas acerca de las mujeres que desean a otras mujeres; por ejemplo, el dedicado a una tal Basa, que en público se mostraba casta e inaccesible, pero follaba con mujeres en secreto; ningún otro verbo se ajustaría al original, pues Basa penetraba a otras mujeres con su «prodigiosa Venus»,²⁹ su «prodigioso

clítoris». Anne supuso que se trataba de un consolador, algo que también había encontrado en los textos clásicos.³⁰ Otro de los epigramas de Marcial habla de una mujer llamada Filenis,

*más ardorosa que un marido erecto,
se la mete a once chicas cada día.
Arremangada juega a la pelota
hasta cubrirse de amarillo con la arena,
y con músculo fácil las halteras
que encuentra muy pesadas el atleta
voltea, y hediente de palestra encenagada,
de su bien aceitado entrenador
se somete al azote. Y no cena
ni se reclina antes de haber potado
siete cuartos de vino,
a los que se piensa con derecho a volver
cuando de dieciséis albóndigas de atleta
ha dado buena cuenta. Después de todo esto,
si está libidinosa, no chupa —poco viril
lo ve—, sino que hasta devora el coño
de las chicas. Que te brinden los dioses,
Filenis, una mente acorde, a ti que consideras
que es viril comer coños.³¹*

En ninguna otra parte podía leer una respetable niña inglesa del siglo XIX algo semejante. Anne Lister no se dejó turbar por la misoginia implícita de la Roma y la Grecia antiguas. Para ella, Basa y Filenis probaban la existencia de mujeres que amaban a las mujeres, confirmando así sus propios sentimientos. Hacía uso de la poesía erótica de Marcial tal y como este la había concebido: leyendo los libros «a una sola mano», en palabras de Rousseau. En sus

diarios, varias de las entradas que versan sobre sus lecturas de textos clásicos están marcadas en los márgenes con una «X», que quiere decir masturbación.³² Algunos poemas «hacían incurrir en la cruz»,³³ como ella lo llamaba.

Eufórica con sus lecturas, Anne imploraba a Eliza que aprendiese también latín y griego. Improvisó unos ripios para ella («¡Salve!, oh, pálida belleza encantadora»), cantándole un «elogio amazónico» a Eliza como un «poeta masculino»; al igual que aquellas antiguas mujeres guerreras sin hombre, le pedía a Eliza

*que desprecies tu aguja, tu rueca, tus pasteles,
tus tartas,
tus bollitos de queso y apreciadas natillas,*

urgíéndola, por contra, a estudiar gramática y vocabulario, y adquirir la educación erótica que solo podían proporcionarle Anacreonte, Virgilio y Horacio: «ganarán, con tales conocimientos, tus amantes».³⁴

Eliza tenía otros asuntos de los que ocuparse. Su hermana Jane creía haber encontrado al hombre de su vida, un tal Henry Boulton. Boulton había estado en Calcuta, compartía el amor de Jane por la India y quería regresar allí tan pronto le fuera posible. Al ser el cuarto vástago de su padre, Boulton, como había sucedido con Jeremy Lister, no tenía la menor esperanza de convertirse en heredero, de modo que no pudo sino buscar fortuna en el Ejército. Pese a las serias advertencias de su padre adoptivo, William Duffin, Jane se casó con Boulton en mayo de 1808 y zarpó junto a él rumbo a la India.

Halifax - Sunday Feb^{ry} 21st 1808 -

My dear Eliza

I shall begin with telling you that I cannot say much this week however I will not waste time in making apologies therefore to proceed - I thank you much for your last long Letter which I wish it were in my power to answer more worthily but such pleasure I trust will not always be out of my reach as it has been of late the idea of seeing you so soon can alone reconcile me to it but in this most comfortable thought I find every needful consolation I am glad that you esteem yourself so happily situated and equally so that you think me as affectionate as ever I assure you Eliza I am very steady in my attachments and though not deemed of an affectionate disposition I feel that I can be strongly attached to my dear and kind friend ER - You still give an unfavorable account of your health indeed I cannot get the better of a thousand fears concerning you nor can I forget that tender yet painful anxiety which is to me the greatest proof how much I love you but I see it is in vain to tell of my solicitude since you are so surrounded with ^{gaiety} that you have not time to think of your own Complaints much less of those of your friend - I dare say M^s

4 Carta de Anne Lister a Eliza Raine, 21 de febrero de 1808.
La caligrafía de Anne Lister sería menos fácil de descifrar en sus ulteriores diarios. Servicio de Archivos de West Yorkshire, Calderdale, SH: 7/ML/A/8.

En sus cartas a Anne, Eliza descargaba su rabia contra la depravación de los hombres. Anne replicó con una anécdota acerca de Mme. Théroigne de Méricourt; aquella «amazona de la Revolución francesa» había luchado por proporcionar armas a las mujeres y había hecho buen uso de las suyas. Fue una «jovencita fantasiosa, y habría sido una de las más grandes mujeres de Francia si hubiera apreciado más las delicadas gracias y los irresistibles encantos que ciertamente poseía en grado sumo, hasta el punto de que un joven estaba tan enamorado de ella que le propuso matrimonio, a lo cual ella respondió apuntándole con una pistola al pecho y amenazándole con disparar si volvía a mencionar de nuevo el asunto».³⁵

Eliza llegó a Halifax a finales de julio y ayudó a los Lister a mudarse de casa. La familia ya no podía permitirse seguir viviendo en aquella residencia y hubo de mudarse a una propiedad más pequeña, situada en el extremo norte de la ciudad. Samuel se burlaba de la nueva habitación, diminuta de verdad, de su hermana Anne, a la que llamaba «la caseta del perro».³⁶ Eliza se mudó con ella a aquel pequeño habitáculo, y las dos jóvenes, a sus diecisiete años, fueron allí muy felices a todas horas del día: «*felix* a las ocho o *felix* por la tarde»,³⁷ anotaba Anne. Inspirándose en sus estudios de lenguas clásicas, inventó su primer código cifrado.

Anne entendía que las hojas sueltas que utilizaba para escribir despertarían curiosidad. Nunca estarían a salvo de las miradas ajenas, ni siquiera en un cajón cerrado con llave. Si su intención era escribir todos sus pensamientos y experiencias sin excepción, el lenguaje o el alfabeto que emplease habrían de ser su escondite. Su madre, Rebecca,

no sabía latín, pero a su hermano Samuel no le habría costado adivinar lo que se ocultaba tras la palabra *felix*. Aquel verano, Anne compuso su código secreto. Aunque pocas personas de su círculo más cercano hubieran podido descifrar las letras griegas en las que había escrito algunas de las anteriores entradas, estas seguían sin ser del todo seguras. Anne dejó de utilizar, pues, la sencilla transcripción fonética de palabras inglesas al alfabeto griego y en su lugar emplazó algunas letras al azar: en vez de «h» escribía θ (theta), y «l» se convirtió en δ (delta).³⁸ Eliza aprendió el código por su cuenta y lo empleó a su vez en su diario, que comenzó a escribir a sugerencia de Anne.

Poco después, Anne perfeccionó su código con el añadido de diversos símbolos matemáticos y caracteres inventados para suplir letras sueltas, la omisión de los huecos entre palabras y también la sustitución de palabras completas por una única cifra. Estaba orgullosa de su alfabeto secreto por «la casi imposibilidad de que sea descifrado y la facilidad con la que lo he escrito».³⁹

Tras aquellos felices días en la «caseta del perro», Anne acompañó a Eliza a Scarborough en septiembre de 1808, donde su tío James Raine vivía con su esposa y cuatro hijos jóvenes. Aquellos viajes para alojarse con parientes o amigos eran los únicos que una joven sin dinero podía realizar. Anne y Eliza pasaron tres semanas en el que, por aquel entonces, era el centro vacacional más sofisticado de Yorkshire y el primero de su clase. Al regresar a Halifax, Anne le presentó a Eliza a su alumna de piano, Maria Alexander. Las tres coquetearon mucho. Al final, Anne le confesó a Maria que estaba enamorada, pero no dijo de quién. Puede que se refiriese a Eliza... o quizá a la propia Maria. Según revela el diario de Anne, «tras el té, y a instancias de Eliza, me puse a Miss A sobre las rodillas y la

besé». ⁴⁰ ¿Le confiaron Anne y Eliza su secreto a Maria? ¿Se sentía Eliza tan segura de su Anne que no le dolían sus flirteos? ¿O acaso Anne mentía en su diario, y el beso no tuvo lugar a sugerencia de Eliza? Nada induce a creer que Anne fuera siempre del todo sincera consigo misma. Adornar la realidad y engañarse a uno mismo son parte de las trampas, por no decir requisitos, de cualquier diario.

Durante la primavera de 1809, la comunicación epistolar entre Anne y Eliza fue menos constante. Aquel beso entre Anne y su estudiante parece que tuvo consecuencias. Para irritación de su padre, Anne pasaba gran parte del tiempo con Maria Alexander y su familia, que era de clase inferior. En cuanto a su relación con Eliza, no sentía el menor atisbo de culpa. «Mi mente era el elemento más práctico y espacioso imaginable. Aceptaba nuevas experiencias sin amazacotar ni incomodar a las viejas, y allí todas las cosas ocupaban su lugar apropiado». ⁴¹ Mientras le susurraba dulces naderías a Maria Alexander, escribía versos para Eliza:

*Pero tocarte es lo que he de hacer y haré.
Te quiero más que a nadie, pues aun
teniendo de ti herido el corazón
no poseo otra amiga sino tú,* ⁴²

y ponía en práctica toda la retórica del amor en las escasas cartas que dirigía a su primera amada. A la «dulce luz de la luna», el murmullo de una corriente le traía a la mente «un millar de encantadoras escenas» junto a Eliza. «Vuelvo entonces los ojos a mi cama. Espero que este lugar, dentro de unos años, que acortarán la confianza en tus afectos, lo compartas conmigo y completes así mis deseos mundanos». Anne envió la hoja solo a medio rellenar. Eliza entendió la

invitación que aquello suponía y, bajo las líneas de Anne, escribió que no sabía cómo pasar el tiempo hasta que pudiera estar unida del todo a ella. «Siempre te confiaré todos mis pensamientos y hasta el menor de mis deseos, ¿y no hará lo mismo mi W?». ⁴³ La W significa «Welly», apodo que Eliza le había puesto a Anne por Arthur Wellesley, primer duque de Wellington, que había conquistado la India, así como Anne había conquistado a Eliza.

Eliza notaba que algo había cambiado entre ellas. Para estar otra vez más cerca de su amante, convenció a su padre adoptivo, William Duffin, para que invitase a Anne a York en la temporada de invierno de bailes y conciertos, y las presentase a las dos juntas en sociedad. Aquel plan resultaba en verdad atractivo para Anne, cuyas circunstancias eran muy difíciles, dado que ahora discutía con sus padres más que nunca. Su padre no toleraba que su hija, ya en edad de casarse, vagase por las calles y los campos a solas, en especial cuando había caído la noche. Anne incluso había visitado a un tal capitán Bourne en sus habitaciones para que este le dejase ver sus pistolas; «quienes no la conocen sacan sus propias conclusiones», escribió una dama de Halifax, no sin pesar, «pues Anne es una compañía tan agradable que yo misma hubiera podido escucharla hasta haberme olvidado de ello». ⁴⁴

Ardiendo en deseos de visitarla, Anne anunció a Eliza que llegaría el 1 de diciembre de 1809. «Prometo no alarmarte con espadas o pistolas o, a la manera de Orfeo, echar abajo la casa con música. Ninguna flauta, ningún pífano, ningún tambor te turbará, al menos en la parte que me toca, ni armaré ningún jaleo que haya de sobrecoger a ninguno de los vecinos». Escribió con total franqueza a Eliza de lo excitada que estaba «por verme contigo en la misma habitación, y le deleitaba saber que pronto, muy pronto,